

*Comicios en BCN y Michoacán, dos Enfoques*

## Dónde Estamos en Política Moderna

- ★ Frustración de los Electores al Negarse Triunfos
- ★ Podrían Abandonar a CCS si Continúa Perdiendo...
- ★ Hay Buen Número de Mexicanos que Buscan Participar

LORENZO MEYER

Pretender que el PRI gana sólo porque así lo aseguran las comisiones o colegios electorales, es silbar en la oscuridad para dar la impresión de que no se tiene miedo. Nadie lo cree.

El 2 de julio en Baja California se dio finalmente un paso firme en la vieja lucha por hacer de las elecciones el instrumento por medio del cual se resuelvan pacíficamente las naturales, crecientes e inevitables diferencias de una sociedad tan compleja y cambiante como la mexicana de hoy. Desafortunadamente, ese mismo día en las elecciones de Michoacán se dio otro paso de igual importancia pero en sentido opuesto, un paso por hacer del fraude electoral una característica de nuestra peculiar modernidad política.

Según los datos e interpretaciones de Jorge Zepeda Patterson —investigador de El Colegio de Michoacán— en ese estado “el fraude es inobjetable” y las evidencias al respecto “están más allá de cualquier duda”. De acuerdo con sus cálculos, para que la Comisión Electoral Estatal pudiera otorgarle al PRI 42.6% de los sufragios emitidos, y permitirle así obtener 12 de las 18 diputaciones locales en disputa, fue necesario que la maquinaria oficial modificara el sentido de alrededor de 100,000 votos de un

total de 450 mil. (La Jornada, 6, 7 y 8 de agosto). Esa es, aparentemente, la magnitud del fraude michoacano. En vista de lo anterior, es importante determinar en dónde estamos realmente en materia de modernización política, y cuáles son las metas y posibilidades de la apertura democrática selectiva que ha puesto en marcha el gobierno.

En los inicios del sexenio pasado le oí decir lo siguiente a un político que sabía de lo que estaba hablando: "si en México no hubiera izquierda, habría que inventarla". Desde su perspectiva, la existencia de una izquierda creíble era indispensable para que el gobierno pudiera negociar su libertad de acción con la derecha local y con Estados Unidos.

Una frase como la anterior fue dicha hace apenas seis años, pero de entonces a acá ha pasado mucha agua bajo el puente de la política mexicana. Hoy la preocupación gubernamental se centra en un esfuerzo inverso: en hacernos creer mediante la manipulación de las cifras electorales, que ya no existe la izquierda que el año pasado puso en entredicho la victoria del PRI en las elecciones presidenciales. En efecto, desde julio de 1988 el esfuerzo político del gobierno se concentra de una manera casi monomaniática en inventar un panorama en donde la izquierda no inventada está ausente.

★

La marginación del cardenismo —la segunda fuerza electoral en julio de 1988 pese a todos los obstáculos legales e ilegales que se le pusieron en el camino— por la vía del fraude, es hoy uno de los grandes ejes de la acción política del gobierno y de su partido. Todo hace suponer que detrás de esta decisión se encuentran los siguientes razonamientos:

A) La presidencia va ganando rápidamente, por la vía de los hechos, la legitimidad que no obtuvo en las elecciones del año pasado.

Se trata de un juego sumo cero: la aceptación que en el ejercicio de su poder gana el Presidente entre los diferentes sectores sociales la pierden sus rivales, en particular el más peligroso, o sea Cuauhtémoc Cárdenas.

B) El voto cardenista fue, básicamente, un voto de protesta y no uno auténticamente de izquierda. El envío a prisión de un grupo representativo de la corrupción mexicana, más la renegociación de la deuda y el extraordinario apoyo que el gobierno de México está recibiendo del de Washington —estamos entrando a una nueva etapa histórica en las relaciones bilaterales entre México y Estados Unidos— llevarán muy pronto a que las causas de la protesta de los electores en 1988 queden superadas, pues la economía va en camino a la reactivación. Por tanto es sólo cuestión de tiempo que las nuevas condiciones vuelquen a la opinión pública en favor del gobierno. Cuando eso ocurra, la izquierda volverá a su sitio natural: a las márgenes del sistema, lugar de donde nunca hubiera salido de no ser por el accidente histórico que metió a México en el bache de la crisis económica de los ochenta, pero ese accidente es superable mediante el correctivo de la política neoliberal.

C) El negar una y otra vez a la oposición cardenista la victoria en las urnas por todos los medios posibles —legales e ilegales— deberá desembocar más temprano que tarde en la frustración de los electores, los cuales, según las sabias reglas de la sociología electoral, siempre tienden a buscar que su voto sea "útil". Hacer del cardenismo un perdedor sistemático llevará a que, al cabo del tiempo, sus seguidores lo abandonen y el PRI, ya sin trampas, vuelva a recuperar el espacio que temporalmente le arrebatara la coalición socialista abanderada por Cuauhtémoc Cárdenas. Esta consideración parte del supuesto de que a los electores, como a los niños o los espectadores en los esta-

dios, les gusta identificarse con el equipo ganador, y frente a esta urgencia psicológica las consideraciones ideológicas pasan a un lugar secundario. La experiencia de Chihuahua pudiera servir de muestra de la viabilidad de esta política. En 1986 los chihuahuenses eran la punta de lanza de la rebelión de los votantes, pero hoy tras una serie de fraudes espectaculares y de una política de "empanización" del PRI local, los ciudadanos de ese enorme estado norteño han dejado de ser opositores y aparentemente se han transformado en modelos de conformismo.

D) Para que la "política moderna" tenga éxito, no se requiere necesariamente de un pluripartidismo, es suficiente con un simple bipartidismo. Según este punto de vista, el bipartidismo PRI-PAN sería suficiente para demostrar a propios y extraños que la época premoderna y autoritaria del "partido casi único" quedó atrás. La ventaja de esta solución es que, dadas las limitaciones estructurales del PAN para ser un partido mayoritario, y dada también la coincidencia de políticas de largo plazo entre el actual grupo en el poder y el P. A. N., la oposición resultaría muy funcional al proyecto gubernamental. En efecto, una oposición moderada y de centro derecha auxiliaría a desmantelar esa parte del PRI que ya es obsoleta por pertenecer a la época que se quiere superar: aquella en que la economía mexicana estaba cerrada y era profundamente corporativa.

★

Si las consideraciones anteriores se acercan a las consideraciones que hoy mueven la voluntad del gobierno en su relación al PRD, entonces debemos convenir que las razones del fraude son inaceptables pero comprensibles. Sin embargo, y a fin de cuentas, se trata de una apuesta. Si la ganan el gobierno y su partido, en un futuro más o menos cercano las aguas de la política electoral volverán a un nivel similar al que tenían antes

de 1988, y en donde el panorama estaba delimitado por el espectro de tonalidades que corre entre los dinosaurios del PRI y los neopanistas. Pero, ¿realmente es todo tan sencillo? Creo que no, el plan tiene sus riesgos.

Para empezar, gane o no su apuesta el gobierno, quien pierde no es sólo el cardenismo sino el interés colectivo. La política neoliberal atiende a varias preocupaciones —productividad, competitividad, estabilidad monetaria, etc étera— pero no al aspecto redistributivo de la acción económica. Dejar en manos de la tecnocracia y de la oposición panista el decidir cómo se han de distribuir las cargas y beneficios del nuevo modelo económico, es condenar a grandes capas de las clases subordinadas a que sus demandas y necesidades se coloquen y mantengan al final de la lista de prioridades. Sólo una izquierda fuerte y organizada puede impedir que la tremenda desigualdad en la distribución de la riqueza que hoy caracteriza a México, se perpetúe hasta que buenamente las fuerzas del mercado decidan dejar que el fruto del esfuerzo colectivo se trasmite de las cúpulas a las bases.

Como se puede ver en estos días de enorme cordialidad entre los gobiernos de los países que tienen al río Bravo por frontera, es indispensable la existencia de una izquierda que no haya olvidado que el imperialismo es un fenómeno que aún no ha desaparecido. Sólo esta izquierda puede evitar que el estrecho abrazo con que el gobierno del Presidente Bush busca envolver al del Presidente Salinas, termine por convertir a México en una prolongación de Centroamérica.

★

Finalmente, y aquí está la parte más terrible de la apuesta gubernamental: ¿cómo se supone que va a responder una izquierda a la que una y otra vez se le demuestra que aunque gane en las urnas va a perder en la realidad porque el gobierno tiene el poder de enmendar las actas elec-

torales? Una posibilidad es, desde luego, que haya una pérdida de apoyo social para la izquierda, lo que, a su vez, propicie la frustración y deserción de una cantidad más o menos significativa de los cuadros recién formados de la organización víctima del fraude.

Desafortunadamente, el desaliento y la desmovilización no son el único e inevitable camino que puede recorrer una izquierda a la que se le cierra una y otra vez la vía de la legalidad. La frustración frente al fraude abierto, impune y sistemático, también puede desembocar en la convicción de que, después de todo, la vía electoral es, efectivamente, una trampa burguesa para prolongar su dominio de clase. De esta trampa se puede y se debe salir por otra vía; aquella que se descubre al ver al enemigo por la mira de un arma.

La violencia es una de las tradiciones disponibles de la izquierda, y que ya dio frutos amargos entre nosotros cuando se libró la "guerra sucia" del decenio pasado. Sin embargo, la tentación de la acción directa puede resultar irresistible para algunos al comprobar que los votos no sirven para derribar las murallas del viejo autoritarismo mexicano. Por nuestra propia y reciente historia sabemos que sólo se requiere de un puñado de convencidos y resueltos para reiniciar el círculo infernal de violencia revolucionaria y de represión gubernamental contrarrevolucionaria.

En realidad uno de los puntos esperanzadores de la evolución política global en esta segunda parte del siglo XX, es precisamente el que la izquierda revolucionaria haya finalmente llegado al convencimiento que las armas no son los

únicos ni los mejores medios para transformar las estructuras de poder sociales. Sería absurdo y trágico que la política gubernamental actual de "vamos a pretender que la izquierda no existe y quizá desaparezca", forzará a una oposición izquierdista pero pacífica —y cuya acción no es disfuncional a la consolidación de un proyecto modernizador— a buscar la salida violenta.

★

Aunque la actual élite política mexicana no lo quiera, es un hecho que los errores de cálculo económico del autoritarismo presidencial del pasado inmediato, han hecho despertar a la sociedad mexicana —al menos a un sector importante de ella— del prolongado letargo político en que sumió el desarrollismo post-revolucionario. Hoy existe

un buen número de mexicanos que buscan dejar de ser menos súbditos dentro de un sistema político autoritario, para pasar a la condición de ciudadanos, de individuos conscientes y deseosos de influir en la naturaleza de las decisiones políticas que afectan su vida individual y su entorno social inmediato.

Fue y es esta circunstancia de voluntad de participación política democrática, la que está en el centro del impulso modernizador que hoy se siente en México. Tratar de contener o distorsionar esa fuerza por medio de fraudes abiertos y a contrapelo de la evolución política del país, como ha sido entre otros el caso de Michoacán, es no sólo una acción ilegal, sino una insensatez y una irresponsabilidad. Es cambiar la modernidad real y duradera del futuro por la falsa y breve modernidad del presente.